

La historia no solo está en los documentos o en los testimonios, cierto es. La historia está también hecha de paisajes, de lugares, de recuerdos, de imágenes, de objetos que también permiten al historiador adentrarse en el *ethos* de unos hechos, de un grupo o de quien, por sus dimensiones, sobrepasa los límites de lo individual. Y qué duda cabe que José Antonio Primo de Rivera, para muchos simplemente José Antonio, los sobrepasó con creces pese a su corta vida pública.

1936 fue, para José Antonio Primo de Rivera, algo más que el tiempo del desenlace dramático de una vida, dentro de la tragedia que vivieron la gran mayoría de los españoles al producirse la quiebra máxima de la convivencia entre ellos. Ruptura casi incomprensible desde el presente, sin entender que todo ello se enmarca en los años de la crisis de la democracia liberal y del capitalismo, cuyo ciclo vital parecía agotarse; en unas décadas de fuertes tensiones sociales, de aspiraciones de justicia, de intentos revolucionarios de cambiar el orden político, económico y social (comunismo, anarquismo, fascismo, corporativismo, organismo, junto con otras fórmulas autoritarias); cuando la democracia no era un absoluto. Ese fue el tiempo de José Antonio Primo de Rivera y sin tenerlo presente su figura queda mutilada, tanto en las valoraciones como en la interpretación; especialmente cuando hace presa en ella un absurdo presentismo, incompatible con la investigación histórica, salvo que este sea precisamente el objeto de estudio.

Tratar de desentrañar, de redescubrir al personaje, que es el objeto de la amplia revisión biográfica que acometemos, nos induce a centrar nuestra investigación, en este tomo, en ese año decisivo, para los españoles y para él, de 1936. Saltando, en este caso, por encima de la obligación no escrita de comenzar todo ensayo biográfico, toda biografía histórica, por la llegada del sujeto al mundo o con unas páginas dedicadas al peso de su paso por la historia. Tras esto cabría preguntarse: ¿por qué centrarnos en 1936?

Es en ese año, que políticamente comenzó en el último tercio de 1935, cuando su pensamiento, en constante construcción agregativa más que evolutiva, parece encontrar el camino para superar las antinomias que caracterizaron su propuesta ideológica y política, lo que dialécticamente trataba de solventar discurso a discurso, escrito a escrito. Es un año en el que José Antonio es definitivamente la Falange, y la Falange camina hacia ser José Antonio.

¿Y qué era en 1936 la Falange? Un partido fascista; así eran calificadas sin carga peyorativa o condenatoria sus candidaturas en las trascendentales elecciones de febrero de 1936. Pero a cuyo frente estaba, como dirigente y como mito heroico, un líder que, desde la afinidad iniciática, ahora dudaba del fascismo como solución, o mejor dicho como la solución ante la crisis de su tiempo.

Es en el verano de 1936, como iremos explicando a lo largo de estas páginas, cuando comienza a perfilar una alternativa quebrada por las balas adversarias en noviembre de 1936, dejando la duda, contenida en sus escritos de la prisión, de hasta dónde hubiera llegado ese «último José Antonio», quizás el más interesante de todos los José Antonio, de antes y después, al abrir espacios a nuevas y no inocentemente obviadas proyecciones de su pensamiento.

Reconstruyamos pues, a la vez que revisamos con nuevas aportaciones, vida, hechos y pensamiento. Despojémoslo de la hojarasca de la mitificación, propia y extraña, del mito y el antimito, de los sucesivos presentes con los que se abordó su figura hasta prácticamente la actualidad, ahogando, en no pocas ocasiones, la realidad histórica del mismo.

Emerge en estas páginas la figura de un hombre que, mientras se ve inmerso en la pendiente que le llevará a la muerte, sigue un camino ascendente sumándose, sin pretenderlo, durante décadas a los arquetipos históricos omnipresentes en el debate sobre España y los españoles. Pareciendo transmutarse, en su devenir histórico, en la sombra del caballero de Olmedo, con el que a veces se le comparó, al ser claro ejemplo de que «solo por la muerte se llega a la vida».

Más allá de ello, también se nos presenta como el hombre que filtra su experiencia vital a través de su vocación, el Derecho. José Antonio cree en el Derecho y en el Estado de Derecho, fía, pese a las circunstancias, una y otra vez, en ello. Desde marzo hasta noviembre es también el abogado que se enfrenta en los tribunales a la maquinaria del Estado; que consigue doblegar, en algunos momentos, al Estado amparado en el Derecho. Hay en todo este periodo un desdoblamiento, exacerbado en el último y definitivo proceso de Alicante, solo en una ocasión quebrado ante la burla al Derecho, entre el abogado José Antonio Primo de Rivera el acusado José Antonio, al que defiende ante el tribunal. Hasta tal punto que, coherentemente, ni tan siquiera cuestiona el hecho de que comparezca ante un tribunal especial, porque él había defendido en 1932 ante el Supremo el derecho a su creación. Pese a la frialdad de las páginas del sumario cabe afirmar que estuvo brillante, aunque finalmente sería condenado por unos cargos que solo en parte eran ciertos, en un grado que no se le podía imputar, pero que no se probaron en sala al quedar reducidos a suposiciones e indicios; pero allí no era juzgado un hombre sino toda la rebelión. Ni tan siquiera la sentencia condenatoria llegó, pese a lo irracional de la esperanza, a quebrar su fe en el papel del abogado, tal y como le confió al padre Planelles antes de comenzar su confesión, al preguntarle este si aún cabía alguna esperanza para el indulto: «No, Padre. Ya estoy entregado a la misericordia de Dios, aunque el abogado que hay en mí ha interpuesto un recurso supremo, y quién sabe, si le permiten luchar».

En ese trazo, en este volumen, no ignoramos sino que apreciamos sobrenaturalmente la singularidad, que es un condicionante, que supone a la hora de trazar una biografía el hecho de que los casi últimos nueve meses de su vida transcurrieran entre los muros de una prisión, algo más de tres de ellos prácticamente en régimen de aislamiento; poco antes, su vida pública estuvo marcada por una larga campaña electoral de prácticamente dos meses; lo que invita a rotular el periodo que abordamos, a efectos ilustrativos, del siguiente modo: de las elecciones a la prisión y a la muerte.

Pensamiento, vida, hechos y objetos, en imbricación interdependiente, constituyen los elementos básicos reflejados en esta obra.

Encerrado, alejado prácticamente de la evolución de la guerra civil que le rodeaba, hasta situarse frente al pelotón de ejecución en noviembre de 1936, comenzó a dar

entidad a ese *último José Antonio*, al que nos aproximamos hace casi una década en un estudio previo. Una fase de su vida que, atendiendo a la importancia que le confirió en la cita en sus últimos escritos, arranca en una conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil de Madrid, en abril de 1935, sobre un tema que nos acerca a las líneas genéricas de su inconclusa cosmovisión e interpretación de la historia: «Ante una encrucijada de la historia política y económica del mundo». Asumamos que él, en 1936, como otros muchos españoles, pero con el manto de la parte de responsabilidad que le cupo en cuanto aconteció, asumida en su testamento, se nos revela en estas páginas como un hombre en la encrucijada que, al final, solo tendrá siete días para intentar defender su propia vida.

Una vida que quedó encerrada en unas pocas pertenencias celosamente guardadas en dos maletas. Una, inexplicablemente «secuestrada» por el dirigente socialista Indalecio Prieto y sus albaceas durante algo más de cuarenta años, pese a que en su interior lo que primaban eran los objetos personales, su breve ajuar de la prisión, sus últimas ropas, a excepción del postrero «uniforme» que escogió para enfrentarse a la muerte en el patio número 5 de la prisión de Alicante, y una serie no muy amplia de escritos, apenas dos decenas inéditos, que analizamos de forma conjunta, por vez primera, en este trabajo. No quiso Indalecio Prieto, sin que seamos capaces de llegar a encontrar una respuesta lógica a sus ignotas motivaciones –¿conciencia de culpabilidad, tal vez?; ¿insospechado fetichismo político?–, devolverlas a su familia; salieron con él de España al igual que las joyas, el oro y las obras de arte expoliadas con las que el yate *Vita* puso proa hacia Veracruz, México.

Cuidadosamente dobladas, en las vísperas de su «asesinato», José Antonio guardó sus toallas, algunos pañuelos, unos jerseys, un pantalón, una camisa blanca, ropa de cama y su mono carcelario. Así se preservaron. Lo que revela el sentido del orden que siempre mantuvo, tanto como abogado, como político o como persona. Formaba todo parte del ritual del bien morir y de la buena muerte que como cristiano tenía grabado en su mente y para lo que se preparó con verdadera fe en noviembre de 1936.

La experiencia te enseña que, por ejemplo, se puede narrar una batalla a partir de las fuentes documentales, incluso aproximarse al espacio mediante fotografías y planos, pero nunca se llega a comprender en toda su extensión el acontecimiento hasta que, con todo un arsenal de conocimientos previos, no se pisa el campo de batalla, ya sea Numancia, las Navas de Tolosa, Normandía o Krasny Bor; como no se llega a reconstruir en toda la extensión la biografía de un personaje sin recorrer el camino de su huella material: ¿cómo comprender los años de «encierro» de Juana de Castilla sin pisar Tordesillas?; ¿cómo compartir la angustia y la dureza de la vida de los marineros en los navíos de los siglos XV, XVI, XVII o XVIII sin estar unos instantes en alguna de las muchas reconstrucciones realizadas con notoria fidelidad?

A pesar de la piqueta y la destrucción de los espacios de la memoria conservados durante décadas, nuestra investigación no deja a un lado esa experiencia personal. Especialmente cuando guardamos en la memoria el recuerdo de pisar el espacio en el que José Antonio vivió recluido durante los últimos meses de su vida.

¿Cómo comprender y explicar en toda su extensión cómo fueron esos meses si no se ha sentido la atmósfera de esa prisión? Prisión que yo he visitado siendo muy joven en diversas ocasiones, cuando se conservaban las celdas que ocupó, con su mobiliario, tal y como eran en 1936. ¿Cómo reconstruir con fidelidad lo que sucedió en aquel patio número 5 de la prisión donde fue ejecutado, si no se ha estado en él? Allí, durante décadas, una cruz de madera vigilaba un pequeño cuadrado de tierra donde murió: por aquí salió José Antonio, aquí se colocó, ahí estaba el piquete y más allá una decenas de personas... nos contaban en aquel lugar a los chicos que un día lo visitamos hace algo más de cuatro décadas. ¿Cómo entender el desarrollo del juicio a lo largo de dos agotadoras jornadas si no se ha contemplado aquella sala que seguía siendo la misma, con su estrado, cuarenta años después? La atmósfera debió en aquel noviembre ser muy pesada en aquel interior. ¿Cómo acercarnos al prisionero sin llegar a poder revisar las pertenencias que le acompañaron?...

Cuando el historiador, como es el caso de quien esto escribe, tiene la fortuna de poder acercarse a los lugares, especialmente si han quedado detenidos en el tiempo como durante décadas lo estuvo la prisión alicantina; cuando puede tener ante sus ojos y en sus manos las pertenencias más personales del personaje, las que le acompañaron, como única propiedad, en el final de su vida; cuando se tiene la oportunidad de poder ir abriendo las carpetas con su documentación, en gran parte manuscritos, en parte textos para no ser nunca publicados, prestando atención, más allá del contenido, a la forma, a la letra, a los tachones; cuando objetos, cartas o imágenes, aparentemente nimios, pueden ofrecer algunas claves para el completo desarrollo del relato... puede el investigador detenerse, como de hecho nos ha sucedido a lo largo de nuestro trabajo, en no pocos detalles de los últimos meses de su vida que nos ayudan a comprender hechos, acciones y decisiones. Con todo ello es posible, para transmitirlo, intentar captar la atmósfera de los hechos sin caer en reconstrucciones melodramáticas, pobladas de adjetivos, tópicos, lugares comunes y cuentos de buenos y malos; lo que siendo admisible para el cine o la novela, no lo es para la historia. Solo podemos aferrarnos, con advertencia previa, a la especulación a través del desarrollo coherente de lo que solo queda apuntado en las fuentes.

Por ello prestamos en este trabajo mucha atención al ambiente, a esa atmósfera, a trasladar al lector al entorno, a situar correctamente al biografiado en cada uno de los hechos, a leer, en este sentido sus escritos, que es la única forma exacta de hacerlo (un texto, una producción, no vive aislada de su tiempo y los escritos de José Antonio se han analizado o sometidos a la exégesis prescindiendo del tiempo y el instante y, por tanto, deformándolos). Así surge un José Antonio que rompe con algunos de los tópicos que en el relato de su vida se han prodigado con monótona repetición, desde la visión heroica a la revisión crítica.

Ahora bien, esta es también la biografía de un hombre concreto, no del arquetipo en que comenzó a convertirse en 1936. Había que hacer, era necesario, un ejercicio de aproximación a quien distaba de ser un César y que dudaba de su capacidad para serlo, aunque en la prisión escribiera que era el tiempo para un César.

El José Antonio de 1936 es un hombre que duda, pero también que teme; que asume, como vamos a explicar, que Occidente y España han entrado en el tiempo de la

catástrofe de forma inevitable; que, ante ello, puede ser optimista o pesimista a la vez, al asumir la necesidad de responder a la pregunta de ¿qué hacer?

Tras este *último José Antonio* hay mucho de Ortega y Gasset, de Unamuno, de Spengler, de Berdiaeff, de Maeztu, de Kelsen, de Schmitt, de Carrel, de Lasky y hasta de la dialéctica de Marx... y muy poco de otros, como se puede apreciar con nitidez en sus escritos de la prisión, sobre los que sobrevuela el peso o el contrapeso de su fe.

Ese es el José Antonio interior, pero una biografía no es tal sin acompañar la interioridad a los hechos que condicionan esa vida, esas reflexiones que subyacen y motivan sus escritos de la prisión. Aparece así una biografía deudora en su método expositivo del yo y sus circunstancias orteguiano.

Toda biografía tiene unos ejes vertebradores de orden temático y unos jalones en los que detenerse jugando el historiador, a la hora de la construcción del relato, con lo cronológico, con el sentido del tiempo, y lo temático. Las elecciones de 1936, la sucesión de procesos a que fue sometido José Antonio, la participación en la conspiración que llevara a la guerra civil, la rebelión frustrada en Alicante, los intentos de rescatarle de la prisión, las reflexiones de la cárcel, el juicio de noviembre, el proyecto de usar sus escritos como arma de propaganda, su ejecución, constituyen los grandes hechos que detienen, como golpes secos, el discurrir de una vida que es el gran eje de esta biografía.

Quedan también las respuestas a unas preguntas, muchas veces no mencionadas, que se van sucediendo, que han sido esencial del debate sobre su figura: ¿estuvo dispuesto a pactar con las derechas en las elecciones de febrero de 1936?; ¿fue excluido de forma consciente de la coalición contrarrevolucionaria?; ¿reorientó su discurso a partir del II Consejo Nacional del partido hacia nuevas posiciones y hacia nuevos nichos electorales?; ¿contribuyó a su muerte su decisión de ganar espacios a la izquierda, buscando transformarse en un competidor especialmente en los nichos anarquistas?; ¿creía realmente, lo que explicaría algunas de sus decisiones, que estaba España ante la invasión de los bárbaros, ante el estallido de un proceso revolucionario?; ¿decidió el gobierno de forma activa someterlo a una sucesión de procesos al objeto de eliminarle de la vida pública?; ¿creyó en el futuro de su Falange?; ¿fue impulsor consciente de la violencia política o víctima de la misma?; ¿fue la suya una detención ilegal?; ¿quebró el gobierno la legalidad al no admitir los fallos de la justicia favorables a la legalidad de la Falange?; ¿buscó el gobierno, una vez que se hizo evidente que el partido no se diluía sino que crecía en la clandestinidad, aprovechar esa situación para contentar a su izquierda con la persecución de uno de sus enemigos señalados?; ¿fueron José Antonio y la Falange utilizados por el gobierno como una útil cabeza de turco?; ¿es el caso de José Antonio una demostración empírica de la ruptura del Estado de Derecho por parte del gobierno del Frente Popular?; ¿hubo una República de 1931 y una República de 1936 como alega José Antonio en sus escritos?; ¿cuál era el discurso de la izquierda con respecto a José Antonio y la Falange?; ¿se vulneraron sus derechos al coartar su candidatura a las elecciones en Cuenca?; ¿obtuvo votos suficientes como para ser diputado?; ¿existió animadversión entre Franco y José Antonio?

Aparecen también las respuestas a los grandes interrogantes sobre su postura ante la rebelión de julio de 1936 y la pendiente que llevó a ella: ¿quiso el líder falangista una guerra civil?; ¿impulsó, organizó, ordenó a sus militantes iniciar una campaña de violencia siguiendo una estrategia de la tensión?; ¿cuál fue su participación en la conspiración que condujo a la sublevación militar, pero también cívica, de julio de 1936?; ¿hasta qué punto dudó a la hora de asumir como único camino posible la rebelión y su curso en una sublevación militar?; ¿pretendió ser la guía ideológica para impulsar un Estado Nuevo aupado por el ejército?; ¿cuál fue su relación con los generales Franco o Mola?; ¿cómo transformó la Falange en un partido clandestino?; ¿hasta qué punto conservó el control sobre su organización?; ¿cómo asumió su cautiverio?; ¿intervino el gobierno en los sucesivos procesos a que se vio sometido intentando controlarlos?; ¿previó el crecimiento exponencial de la Falange que se inició tras las elecciones de 1936 y se multiplicó en los primeros meses de la guerra?; ¿cuál fue su participación en el intento de sublevación en la III División Orgánica?; ¿llegó a conocer la evolución del conflicto?; ¿quiso mediar para conseguir detener la guerra evitando el triunfo de la revolución?

En este caminar los escritos de la prisión nos plantean nuevas cuestiones: ¿fue la prisión y la catástrofe la que le llevó a reorientar, a partir de atisbos anteriores, su horizonte político hacia lo que definió como la «solución religiosa»?; ¿profundizó en el aislamiento de su celda en la imbricación necesaria entre la política y la fe?; ¿hasta qué punto inició un camino de alejamiento del fascismo para intentar volar ideológicamente en solitario?; ¿es Alarico Alfós un trasunto de su propio creador?

La ya larga e interesada polémica sobre el fracaso de todos los intentos de canje y rescate del prisionero de Alicante no está ausente en nuestra constante interpelación: ¿no es más que un mito interesado la «amistad» o «simpatía» de Indalecio Prieto?; ¿se hizo todo lo posible por rescatarle?; ¿quisieron asesinarle varias veces en prisión?; ¿veló Manuel Azaña por su vida?; ¿en realidad, alguien desde la zona frentepopulista estuvo dispuesto a aceptar un canje?; ¿se hizo todo lo posible desde la zona rebelde?; ¿apoyó Franco cuantas operaciones se le propusieron?; ¿por qué se borran del relato determinadas propuestas?

Amplia atención dedicamos al proceso de Alicante, al análisis de los contenidos del sumario, a lo sucedido en la sala durante la vista en la prisión, y a su muerte. No son livianas las interrogantes a las que intentamos contestar: ¿por qué se condenó a José Antonio?; ¿fue el suyo un proceso al hombre o a lo que representaba?; ¿preparó y orientó hacia la condena el anarquista Juan García Oliver, ministro de Justicia, el proceso de Alicante?; ¿se respetaron los mínimos derechos de la defensa ante un tribunal especial?; ¿fue una sentencia ajustada a derecho o se incurrió en ella en errores manifiestos?; ¿probó realmente el fiscal los cargos de la acusación?; ¿quiénes, representado a los partidos del Frente Popular, integraron el tribunal?; ¿constituyen sus palabras en el juicio de Alicante, como a veces se ha pretendido, un alegato político?; ¿condenó en algún momento la rebelión o recriminó a sus seguidores su participación en la misma?; ¿dio el Consejo de Ministros presidido por un socialista el preceptivo enterado para la ejecución legal de la sentencia?; ¿por qué tantos, después de su muerte, quisieron desvincularse de su sí a la ejecución, estimando, además, que fue un error y una alegalidad por lo que estaríamos ante un asesinato?; ¿cómo se enfrentó a la muerte?; ¿por qué se le ejecutó con otros cuatro

detenidos?; ¿quiénes integraron realmente aquel piquete de ejecución?; ¿cuál fue el destino de Isabel, su «novia azul»?; ¿fue sincero en su testamento?

José Antonio fue un hombre que no quería morir en 1936, que no buscó actitudes heroicas en los últimos días de su vida. Lo importante para él era, sobre todo, la dignidad de quien se había preparado para el bien morir. Lo que nunca pensó es que aquellos disparos, que pusieron fin a su vida, le acercarían durante décadas a la inmortalidad para varias generaciones de españoles.

De esos españoles, y es honesto y necesario anotarlo, forma parte este autor. Inmortalidad que en nuestra niñez persistía en las lápidas que en muchos lugares se iniciaban con su nombre para después mantener el recuerdo de los entonces «Caídos por Dios y por España»; en las rotulaciones de calles y plazas en pueblos y ciudades (la «Gran Vía José Antonio» era la gran arteria de mi ciudad), el nombre esculpido en un muro de la catedral; en los campamentos juveniles pervivía como un modelo a imitar. Su imagen ya no estaba en el colegio cuando arribó la EGB, pero había estado omnipresente en las aulas hasta entrados los años sesenta. José Antonio era alguien familiar, pero detenido en el tiempo.

Tras la muerte de Francisco Franco su nombre fue desapareciendo de las plazas y calles, fue mucho antes de que se desarrollara por parte de la izquierda la denominada «ideología de la memoria» y se alumbraran las sucesivas leyes de memoria tanto histórica como democrática. Aún hoy, en algunos pueblos, subsisten algunas calles o centros públicos con su nombre, lo que hace saltar la polémica ante su posible conservación. Todo ello también forma parte de su biografía, aunque no de este trabajo.

Los historiadores que nos acercamos a la figura de Primo de Rivera siempre tendremos que agradecer el enorme esfuerzo de recopilación de Agustín del Río Cisneros con la colaboración en ocasiones de Enrique Pavón o Enrique Conde. Suméanse a ello las sucesivas ediciones de las llamadas *Obras Completas*, que nunca llegaron a ser tales, pese al magnífico trabajo editado con motivo del centenario de su nacimiento compilado por Rafael Ibáñez. En esta obra incorporamos a ese acervo más de dos decenas de textos nunca antes reproducidos, junto con una parte de su correspondencia de la prisión. También destacar el uso de las publicaciones falangistas de antes de la guerra civil y la revisión paciente de la prensa de la época. Añadamos el contenido de las cuatro carpetillas con documentos conservados, junto con su maleta, por el dirigente socialista Indalecio Prieto y que hoy guarda la familia de Miguel Primo de Rivera. Aunque resulta evidente que no todos los textos que hoy forman ese conjunto estaban en la famosa maleta, como tampoco alguno de los objetos allí guardados cuando pudimos ver su contenido, hemos preferido agruparlos como «Documentos de la maleta» en la cita. No debemos olvidar la mención a la revisión de todos los sumarios de los procesos a que fue sometido José Antonio que, en contra de lo que en ocasiones se escribió, ni estaban desaparecidos, ni se impedía su consulta, solo permanecían olvidados en los archivos. Además de una extensísima bibliografía, completan las fuentes de este trabajo la consulta de numerosos procedimientos sumarísimos de los consejos de guerra realizados tras la victoria de los nacionales. Siendo encausados no pocos de los mencionados en esta historia que formaron en la España del Frente Popular.

Cuando se pone el punto final a lo que no es más que el resultado de años de investigación, de reflexión, de encuentros constantes con el hecho o el personaje, es obligación mencionar, como muestra de gratitud, a todos aquellos que, en un momento dado, prestaron su colaboración, su ayuda o su consejo. A buen seguro que, una vez quede este párrafo impreso, tenga que lamentar el irremediable olvido pasajero por el que, de antemano, pido perdón. No por ello vamos a dejar de mencionar a tantos: en primer lugar a mi padre, jefe de escuadra en el Frente de Juventudes, uno de los pocos títulos que guardaba en una carpetilla que no descubrí hasta su fallecimiento, el mejor extremo derecho, según sus amigos, del equipo de fútbol del SEU, porque él me llevó a interesarme por la figura de José Antonio; a mi mujer, Celia, por el sacrificio familiar que siempre impone una investigación, por haber leído las muchas páginas del manuscrito a la búsqueda de los siempre inevitables errores en la grafía y en las concordancias de cuya pervivencia, al final, solo son responsables el autor y los duendes de imprenta; también excusar algunas reiteraciones necesarias en un texto tan amplio; a Miguel Primo de Rivera, ya fallecido, y a su hijo Michi Primo de Rivera por permitirme consultar y fotografiar el contenido de la «maleta de José Antonio» junto con las carpetillas de documentos consultadas; siempre recordaré al personal del Archivo Histórico Nacional, que me ayudó a localizar toda la documentación referida a José Antonio de la pieza especial de la Causa General, hoy depositada en el CDMH, y de los archivos policiales, que hasta mis investigaciones habían permanecido olvidadas envueltas en supuestas e inexistentes maniobras de ocultación, que solo justificaban la pereza y la alergia a los legajos del investigador aficionado al corta y pega o a la copia sin cita; al personal de los archivos militares de Madrid (Archivo General Histórico de Defensa), Cartagena y Ávila por su siempre proverbial amabilidad; a Juan Pedro Marín, que me facilitó la documentación de su archivo sobre la exhumación de los restos de José Antonio en 1939; a Juan Manuel Lledó, por la reproducción de las fotografías referidas al traslado de los restos de José Antonio en Alicante en 1939; a Esther Lloret, por su colección de fotografías de la casa-prisión que figuran en mi trabajo *La vida por José Antonio. Entre la represión y el olvido*; a Mari Toni Ugarte por entregarme una copia de las fotografías realizadas por Antonio Lucena Cubero en la cárcel Modelo; a Llanos Marcos, siempre Llanitos, por compartir sus recuerdos sobre su actuación como enlace de José Antonio en la prisión; al fallecido hace muchos años Benavent, enjuto caballero de Callosa de Segura, quien me presentó a algunos de aquellos que intentaron liberar a José Antonio en julio de 1936 y que sobrevivieron junto a los falangistas de Rojales que estuvieron presos en la Provincial, hombres con los que pudo charlar en aquel viejo Hogar del Camarada que se mantuvo abierto durante años frente a la piqueta destructora de los lugares de la memoria relacionados con la historia que recoge estas páginas; a Jesús Suevos, vieja guardia de la Falange, amigo de José Antonio, por la deferencia que un veinte de noviembre tuvo conmigo; a Luis Soler, conversador impenitente, por sus recuerdos derivados de conocer a muchos miembros de la vieja guardia alicantina a través de su padre Agatángelo Soler; a mi siempre animador Luis Fernández-Villamea, que hace años, aunque no lo lleváramos a puerto, me invitó a trazar una biografía de José Antonio desde la documentación de archivo; al Padre Octavio Carpena, a quien debo algunas consideraciones sobre la fe de José Antonio en los últimos momentos de su vida; a Miguel Ángel Vázquez, editor e impulsor de mi trabajo *El último José Antonio*, a quien corresponde la paternidad y el concepto que sintetiza aquel título, precedente necesario de esta investigación; a Dionisio

Rodríguez, por sus siempre acertados consejos durante el proceso de maquetación, autor, una vez más de la portada de uno de mis libros; al editor, Álvaro Romero, al que he desesperado ante su constante ¿para cuándo?; a los lectores que sabrán perdonar aquellos imperdonables e insufribles errores que siempre aparecen por más revisiones que se hagan; a todos los que me demandaban acometer la tarea de trazar una biografía histórica de altura, que yo he querido realizar siguiendo la maestría de Renzo de Felice, lo que requiere tomos y extensión, para un hombre que durante décadas fue algo más que unas frases y una nota a pie de página en la voluminosa historia de España.

Francisco Torres García Murcia, septiembre 2023